

# Gajes del oficio. Presupuestos metodológicos para la investigación en ciencias sociales<sup>1</sup>

Jorge Durand,  
*Universidad de Guadalajara - CIDE*

## Resumen

El texto titulado “Gajes del oficio”, se ubica entre lo que sería un artículo académico y un ensayo. Se trata de reflexionar sobre el oficio de investigar, sobre la manera en que se ha practicado y avanzado en el quehacer de las ciencias sociales. No es un manual, todo lo contrario, aunque la artesanía intelectual es una manualidad, un saber hacer que se aprende viendo y observando a los maestros y practicando, echando a perder, para volver a intentarlo.

### Palabras clave:

*Metodología, imaginación sociológica, abducción.*

<sup>1</sup> Agradezco los comentarios y sugerencias de Jesús Martín Barbero, Jorge Alonso, María Eugenia Anguiano, Cynthia Hewitt y Patricia Arias. Una primera versión de este texto se publicó en Marina Ariza y Laura Velasco (coordinadoras) (2012), *Métodos cualitativos y su aplicación empírica: Por los caminos de la investigación sobre migración internacional*. Instituto de Investigaciones Sociales, UNAM, y El Colegio de la Frontera Norte, México, D.F. La presente es una versión ampliada, corregida y aumentada.

*Evidente, mi querido Watson.*  
Arthur Conan Doyle

## Introducción

Los aprendices calcan, luego copian, con el tiempo se integran a un proceso de producción estandarizado. Finalmente, si tienen capacidad, pueden crear su propia versión, salirse del molde, acuñar un estilo. Es un proceso. En este capítulo se pretende analizar las características esenciales de la dinámica de la investigación científica.

A través del tiempo y el avance de la tecnología los métodos cualitativos se vuelven más complejos, las técnicas más sofisticadas, también complicadas. Sin embargo, el método científico en términos generales y la capacidad para investigar es, antes que nada un oficio, una artesanía, un arte. Y como tal se aprende a partir de la observación, la prueba y el error. Como en cualquier oficio, la práctica cotidiana y la sabia orientación de un maestro, son fundamentales. El oficio se adquiere con horas de vuelo, que no requieren una certificación oficial, porque no es asignatura.

Cuenta Jorge Alonso que en alguna ocasión le preguntó a Angel Palerm sobre cuándo iban a tener un curso de metodología y respondió que no era necesario, que para eso estaba el trabajo de campo. El investigador se hace en campo, pero sí son necesarias ciertas habilidades personales, ya que todo tipo de investigación requiere involucramiento personal del investigador, sus recursos individuales para la observación y la sistematización; su capacidad para el análisis, la introspección y la reflexión; de la única, personal y peculiar manera de conseguir, obtener, perseguir, procesar e interpretar la información.

De ahí que en los métodos cualitativos, especialmente el método etnográfico, se de una simbiosis, un mestizaje, de todos los métodos clásicos de la investigación, sea esta científica o policiaca, en el laboratorio o en el campo. El método, cómo diría Ángel Palerm en su Historia de la

etnología, era pre-moderno, con el ejemplo de los viajeros, misioneros y funcionarios coloniales; moderno con la aparición de los profesionales y las diferentes escuelas antropológicas y post moderno, con las modas actuales, que ya no tuvo oportunidad de analizar. Del mismo modo pensaba Einstein: "El pensamiento científico es una evolución del pensamiento pre-científico" (Miller, 2007: 224). Incluso se puede ir más allá, como diría Auguste Comte, conocido como "el padre de la sociología": "el método no es susceptible de ser estudiado separadamente de las investigaciones en que se lo emplea" (Bourdieu et. al., 1979). En efecto, no se trata de un saber aparte, no se puede enseñar por separado, debe estar ligado a investigaciones concretas, a ejemplos reales y a experiencias personales. Sin embargo, los manuales y los cursos de metodología están atiborrados de consejos, reglas, normas y procedimientos, tienen muy poco que ver con la realidad y la vitalidad de la investigación.

De ahí la importancia de recurrir a la experiencia de los investigadores y no tanto a fórmulas preestablecidas. En este artículo preferimos privilegiar la perspectiva de los investigadores, de los que tienen el oficio y que ellos nos digan cómo le hicieron. De acuerdo con Wright Mills (1961:206) "es mucho mejor la información de un estudioso activo acerca de cómo procede en su trabajo que una docena de codificaciones y procedimientos hechos por especialistas que quizá nunca han realizado ningún trabajo de importancia".

El método de investigación de la Escuela de Chicago, está definido y delimitado perfectamente, desde la obra pionera de Palmer (1928) donde señala los siete pasos que debe dar el investigador para estudiar un grupo de inmigrantes. Pero quizá resulte más útil analizar en vivo, a partir de su diario de campo, cómo hizo el estudiante de antropología Robert Redfield para desarrollar su investigación entre los mexicanos residentes en Chicago en 1924 (Arias y Durand, 2008).

Además de la práctica, el oficio y la libertad para improvisar que ofrece el método etnográfico, se requiere un

encuadre, de coordenadas espaciales, temporales, teóricas y temáticas para armar el rompecabezas. Se necesita un marco donde se puedan definir los límites y los alcances de la investigación. Un marco metodológicamente acotado y explícito, pero intelectualmente abierto para incorporar datos, información, lecturas, interpretaciones, ideas que surgen del trabajo de campo y que no era posible aventurar o prever. Como diría Mills (1961), el proyecto de investigación debe estar en constante proceso de revisión y adecuación a la realidad que uno investiga. Como sugiere Ginzburg (1989) la investigación de un historiador del arte (Morelli), un psicoanalista (Freud), un detective (Holmes), un investigador polifacético (Pierce) o un historiador (el mismo) parten de los mismos presupuestos metodológicos, de la misma manera de pensar. Todos utilizan el método indicial.

## El oficio de investigar: la abducción, la retroducción y pensar al revés

El detective de Los Ángeles Harry Bosch, personaje central de Michael Connelly, al revisar viejos expedientes de homicidios comenta:

*Por supuesto que se habían realizado avances tecnológicos increíbles en los últimos treinta y cinco años, pero pensaba que había cosas que eran siempre las mismas y que no iban a cambiar. El trabajo de campo, el arte de interrogar y escuchar, de saber cuándo fiarse de un instinto o una corazonada. Esas eran cosas que no cambiaban, que no podían cambiar (Connelly, 2006: 42).*

Los principios básicos de la investigación científica son siempre los mismos, no suelen cambiar a pesar del transcurso de los tiempos y son válidos para la mayoría de los casos. Lo que varía es la técnica, las técnicas y la tecnología. De acuerdo con Bourdieu (1979:13) "Los métodos se distinguen de las técnicas en que estos son lo suficiente-

mente generales como para tener valor en todas las ciencias o en un sector importante de ellas”.

Claude Levi-Strauss, en *Tristes trópicos* (1970), da cuenta de cómo en los primeros años del descubrimiento de América, tanto los indios como los españoles, se interrogaban sobre la “humanidad del otro”. Para los españoles era fundamental desentrañar el problema porque significaba la posibilidad de esclavizar y tratar como animales a los indios. Se refiere a una “encuesta” realizada por la orden de San Jerónimo en 1517 a los colonos españoles para saber si los indios “eran o no capaces de vivir por sí mismos” como los campesinos de Castilla. Todas las respuestas fueron negativas, los indios eran viciosos, perversos e indomables. Un testimonio posterior da por concluido el asunto señalando:

*Los indios comen carne humana, no tienen justicia, van completamente desnudos, comen pulgas, arañas y gusanos crudos y no tienen barba y si por casualidad les crece se apresuran a cortársela”. Obviamente eran diferentes, pero la conclusión a la que llegan es que dada esta realidad, para ellos “valía más ser hombres esclavos, que animales libres (Levi-Strauss, 1970: 61).*

A renglón seguido comenta que en Puerto Rico:

*Los indios se esmeraban en capturar blancos y hacerlos perecer por inmersión; después, durante semanas, montaban guardia junto a los ahogados para saber si estaban o no sometidos a la putrefacción (61).*

Si se comparan los dos métodos, dice Levi Strauss, se podría concluir que “los blancos confiaban más en las ciencias sociales, mientras que los indios confiaban más en las ciencias naturales”. De este modo unos concluían que los indios eran bestias y otros sospechaban que eran dioses: “a ignorancia igual, el último procedimiento era ciertamente más digno de hombres” (62).

En efecto, la sospecha, la incertidumbre, la conjetura que tienen descubridores y descubiertos cuando se en-

cuentran por primera vez es la misma. Y se puede recurrir a una encuesta con los expertos (los conquistadores) o al método de la prueba y el error (los indios). La primera se conoce como el "Método de Delfos", donde se les pregunta a los peritos y ellos opinan con su acostumbrada sabiduría. En los estudios migratorios, cuando no había modo de contabilizar a los migrantes indocumentados se les preguntaba a los conocedores del tema (cónsules, patrulleros, académicos, alcaldes) que aventuraran un cifra a su buen saber y entender y luego, se sacaba un promedio, procedimiento que se consideraba normal en ciencias sociales. Por el contrario, los primitivos o aborígenes prefieren el método de la prueba y el error como se vio en el caso de los indios tainos de Puerto Rico.

En esa misma dirección apunta un documental filmado en Papúa Nueva en la década veinte, del siglo XX, se presenta el primer contacto entre el hombre blanco y los aborígenes de la zona. Entre los detalles chuscos que se dan en este primer encuentro, destaca que los indígenas perseguían a los blancos cuando iban a hacer sus necesidades y luego examinaban con mucho cuidado sus excrementos. Buscaban la prueba de que eran iguales, tan humanos como ellos, que tenían necesidades fisiológicas y productos, detritus similares, prueba de que eran semejantes y no eran una especie diferente.

Según la definición de Todorov los bárbaros "son aquellos que niegan la plena humanidad de los demás". En el primer encuentro del hombre blanco con los aborígenes, cada quién utiliza su método personal para comprobar la humanidad del otro, pero los dominadores suelen comportarse "como si los demás no fueran humanos, o no lo fueran del todo" (2008: 33).

El método de la comprobación empírica parece ser tan antiguo como moderno. En efecto, la investigación científica parte de los mismos principios de siempre. El método de la prueba y el error, sigue siendo válido, más aún, indispensable. La tecnología ayuda, facilita, resuelve problemas prácticos, pero no aporta. Porque finalmente se requiere de una mente creativa para cualquier tipo de

investigación; de alguien que vea más allá, que sea capaz de imaginar, intuir y encontrar una solución, una explicación. Que pueda descubrir la verdad o una parte de ella, interpretar o reinterpretar la realidad y aportar un conocimiento nuevo, que no es otra que un pequeño escalón más, en el largo y penoso proceso de la investigación científica.

Y como tal, se requiere de personas con experiencia, con oficio, como dirían Pierre Bourdieu (1979), Luis González (1987), Claude Levi-Strauss (1961), Whright Mills (1966). Toda investigación es un proceso de construcción lento, se podría decir que casi manual, para recoger información y sistematizarla, pero que al mismo tiempo requiere imaginación, de un acto creativo, de ahí que Mills, hablara de la "artesanía intelectual", lo que a primera vista pareciera contradictorio o incluso devaluatorio de la actividad humana por excelencia.

No basta con recoger información, tampoco clasificarla, aunque ya es un avance. Contaba Don Luis González, que cuando estaban trabajando en la *Historia Moderna de México*, uno de los investigadores le presentó el trabajo final a Don Daniel Cosío Villegas y éste, al leer el trabajo montó en cólera y le dijo al historiador que eso era una secuencia de hechos, como si hubiera ido al mercado a traer una lista de productos. De lo que se trataba era de preparar una ensalada, no únicamente de hacer trabajo de archivo. Padecimiento bastante generalizado en el medio académico, donde existen historiadores que son permanentes coleccionistas de fichas, politólogos que son eternos aficionados a los recortes de periódico, sociólogos que nunca terminan de analizar su encuesta y antropólogos a los que siempre les faltan tres meses de trabajo de campo para terminar su investigación.

De hecho la misma ciencia o disciplina pasa por un proceso de aprendizaje, de prueba y error, hasta que se define el oficio, el método. Levi-Strauss (1961) se refiere a este proceso al retomar a los británicos, que con su peculiar humor, hablan de dos fases primigenias: los antropólogos catalogados como *arm chair* que se dedicaban a co-

leccionar datos y noticias sobre lugares y culturas lejanas y nunca se habían movido de su asiento, de la biblioteca, de su país de origen (Sir James Frazer, por ejemplo). Y los antropólogos del período colonial *rocking chair* que iban a lugares remotos y se instalaban en la veranda de la casa del administrador colonial o de la misión religiosa y allí le traían a los indígenas que podía interrogar y entrevistar. Malinowsky rompe con este ciclo en 1914 y se va a vivir con los Trobriand e instala su propia tienda en medio de la aldea. Es ahí, cuando finalmente se define el método antropológico y se constituye la disciplina como tal. No quita que, de vez en cuando, se fuera a tomar un *scotch* con el funcionario colonial.

Cada disciplina recurre a ciertas técnicas y en cada una existen ciertas claves, recomendaciones o procedimientos considerados clásicos. En la investigación policíaca se recomienda seguir la clave francesa de *cherchez la femme*, que tiene su contraparte o complemento con la clave de los investigadores americanos *follow the money*. Claves y procedimiento que también tenemos en las ciencias sociales.

El funcionalismo ve a la sociedad como un todo integrado, si algo existe es porque es funcional, todas las partes contribuyen a que el sistema funcione y las explicaciones se dan dentro del todo, es ahí donde tienen sentido. Es una visión organicista que parte de Durkheim. Gluckman critica esta posición y propone que hay que ver los factores externos y cómo influyen, por eso analiza el conflicto, nada es igual después de un conflicto. Levi Strauss parte de la lingüística de F. de Saussure y trabaja con la estructura de la sociedad con los elementos fundantes que dan sentido, los elementos primigenios, como el tabú del incesto, lo crudo y lo cocido. Las claves de la investigación las dan los marcos teóricos de los cuales uno parte.

Pedro Armillas cuenta que era partidario de la arqueología pedestre (Durand, 1987). De dar largas caminatas para observar el paisaje. Y en sus recorridos vespertinos se encontraba con los obreros que habían trabajado en la excavación y se ponía a platicar. Ellos, que vivían ahí

desde siempre, conocían la región mejor que nadie y le aportaban información valiosísima. Así descubrió un importante conjunto de murales en Teotihuacán. Para que luego llegara Alfonso Caso, el cacique de la investigación arqueológica de aquellos tiempos, a interpretarlos sobre la marcha y darlos a conocer a la prensa. En aquel tiempo sólo se valoraba lo espectacular y se despreciaba la información secundaria, como las zonas urbanas, las viviendas y recintos menores. Armillas aprendió de Fernando Gamboa que era fundamental encontrar información sobre “la base económica”, como dirían los marxistas de aquellos tiempos y empezó a revalorar la información arqueológica que daba cuenta de los cultivos, sistemas de riego, herramientas y productos que se consumían.

Para el mundo andino, John Murra, después de leer las aburridísimas “visitas” o censos para cobrar tributos en Perú descubrió la clave de la verticalidad o complementariedad de los diferentes pisos ecológicos que caracteriza la organización social, política y económica del imperio incaico. A partir de ahí Murra (1975) establece un principio indispensable para entender el pasado y el presente del mundo andino y la clave, que no es otra cosa que la altitud. Tan simple y tan básico que toda la base económica, social y política dependía de la altitud.

Se trata de principios, reglas, o si se quiere de tradiciones científicas básicas que funcionan para una porción específica de un universo dado. De acuerdo con Eco: “son modelos especiales de ciertos hechos que posibilitan la explicación de éstos” (1989: 274). En efecto si se investiga sobre el tema migratorio, no se puede dejar de lado el contexto del mercado laboral, de la oferta y la demanda.

Pero cuando las reglas no funcionan y el panorama está confuso hay que tratar de encontrar la ficha perdida que permita terminar de armar el rompecabezas. Cuando daba mis primeros pasos como investigador, le pregunté a mi maestro Jorge Alonso, sobre cuáles datos eran importantes y cuáles no. La respuesta, fue contundente, como solía ser, “todo es importante”. En realidad no hay modo de saber qué es importante y qué no, hasta que se acaba

la investigación. E incluso en ese caso uno se queda siempre con muchas ideas en el tintero.

Para Mills los datos marginales tienen un valor muy especial, suelen ser la clave para encontrar la explicación, pero como uno tiende a dejarlos de lado, es difícil encontrarlos o revalorarlos. Por ello recomienda agarrar el fichero, tirarlo por los aires y volver a ordenarlo. Un método un poco radical, sobre todo para aquellos que les gusta tener todo muy ordenadito, pero bastante efectivo para despertar la imaginación sociológica y encontrar relaciones inesperadas.

Relaciones que resultan ser fundamentales y que se descubren en el momento menos esperado. Los viejos sabios están llenos de anécdotas sobre el momento y las circunstancias en que se hizo la luz y lograron visualizar algo que habían estado buscando y que no lograban ver o concretizar. El anecdotario empieza con el viejo Arquímedes que descubre en la bañera su famoso "principio" sobre el volumen de los cuerpos y sale emocionado y desnudo por las calles de Siracusa gritando: ¡Eureka!

El investigador "angelino" Harry Bosh, recomienda que cuando siente la necesidad de formular una nueva teoría, hay que "coger los hechos y agitarlos para formar hipótesis. La clave era no siempre sentirse en deuda con una teoría. Las teorías cambian y uno tiene que cambiar con ellas" (Connelly, 2006: 236).

Otra de las fórmulas recomendadas es la que se conoce como la "retroducción", "pensar hacia atrás" o "pensar al revés". El comisario sueco Wallander, personaje de H. Mankell, en momentos de desesperación recuerda lo que le había recomendado su maestro y compañero Rydberg: "puede ocurrir que la causa aparezca después del efecto. Como policía, debes estar preparado para pensar al revés" (Mankell, 1994).

Aunque parezca una irreverencia comparar al detective Wallander con Braduel los dos parecen tomar el mismo camino. Por lo menos es lo que afirma su afamado discípulo Immanuel Wallerstein sobre el maestro, cuando señala que "Braudel veía al capitalismo en una forma que, a los

ojos de la mayor parte de sus colegas, podía expresarse solamente como “verlo al revés”. En efecto, el planteamiento de Braudel va en contra del liberalismo y el marxismo clásicos y propone ver al capitalismo como el sistema del “anti-mercado”, que no es otra cosa que el reino de la confusión y el derecho del más fuerte. En ese sentido el capitalismo empieza mucho antes, con el comercio a larga distancia, la concentración y los monopolios, muchos de ellos estatales (Wallerstein, 1993: 71 y 73).

En el campo de las ciencias de la comunicación, Jesús Martín Barbero propone algo similar:

*Hay que cambiar el lugar de las preguntas, para hacer investigables los procesos de constitución de lo masivo por fuera del chantaje culturalista que los convierte inevitablemente en procesos de degradación cultural (1987).*

Para ello hay que “investigarlos desde las mediaciones y los sujetos, esto es desde la articulación de las prácticas de comunicación y movimientos sociales” (1987). Se trata, en sus propias palabras, de un:

*Desplazamiento metodológico para revertir el proceso entero de la comunicación desde su otro lado, el de la recepción, el de las resistencias que allí tienen lugar, el de la apropiación, desde los usos (Introducción a De los medios a las mediaciones, 1987).*

Martín Barbero define su trabajo de investigación como el del cartógrafo, que requiere de un oficio complejo y de muchas horas de vuelo, éste “se sitúa en la confluencia de la ciencia y el arte”.

Según Peirce las ciencias se desarrollaron a partir de artes consideradas útiles: “la astronomía se desarrolló a partir de la astrología y la química a partir de la alquimia, la fisiología y la medicina se apoyaron en la magia” (Sebeok, 1987: 51). El pensamiento conjetural es básico para el diagnóstico en medicina, no en vano el modelo que toma Conan Doyle para su personaje Sherlock Holmes,

viene de su maestro de medicina Joe Bell. Por su parte, el historiador Carlo Ginsburg establece la relación y la influencia entre el crítico de arte Morelli (médico italiano) que se basaba en el análisis de los detalles para autenticar pinturas y que a juicio de Freud “su procedimiento guarda grandes afinidades con el psicoanálisis”, donde el método interpretativo se basa en encontrar tanto detalles insignificantes como indicios reveladores (1989: 120).

Esta manera de proceder es propia del pensamiento abductivo, indicial o conjetural que se distingue del inductivo. De ahí que resulte pertinente distinguir entre la inducción y la abducción. Según Peirce:

*La abducción arranca de los hechos, sin tener al inicio ninguna teoría particular a la vista, aunque está motivada por la sensación de que se necesita una teoría para explicar determinados hechos sorprendentes. La inducción arranca de una hipótesis que parece recomendarse a sí misma sin tener al principio ningún hecho particular a la vista, aunque con la sensación de necesitar de hechos para sostener la teoría. La abducción busca una teoría. La inducción busca hechos. En la abducción, la consideración de los hechos sugiere la hipótesis. En la inducción el estudio de la hipótesis sugiere los experimentos que sacan a la luz los hechos auténticos que ha apuntado la hipótesis (Citado en Sebeok, 1987: 47).*

Para Sebeok el pensamiento abductivo se distingue por tres elementos.

1. Por su “falta de fundamento”, es decir que se sitúa a nivel conjetural y todavía no se cuenta con todas las pruebas.
2. Por la “omnipresencia” lo que significa que lo que se intuye o conjetura se basa en una serie de elementos, indicios, datos.
3. Por su “valiosa confianza” lo que se entiende por la sensación de estar seguro, de que se tiene razón. Luego, cuando se es consciente de la concatenación de hechos, de elementos o de indicios se puede pasar a plantear la hipótesis.

En esa misma línea Orozco y González proponen una “coartada metodológica” basada en el método indicial, abductivo:

*La inferencia abductiva va en el sentido de la inductiva, sólo que no se sustenta en datos empíricos visibles o comprobables, sino en hipótesis (conjeturas). Una hipótesis que no se podrá comprobar porque no existe acceso a los datos que la comprueban, pero hipótesis que tampoco se desecharía por el sencillo hecho de que no existe la evidencia que la elimine (2012: 160).*

De hecho, de manera continua y cotidiana estamos desarrollando pensamientos de tipo abductivo, conjeturando en base a indicios. Es por eso que cuando se prende la luz, cuando se logra establecer la conexión: ¡Eureka! haya un sentimiento, una emoción. En ese sentido la expresión mexicana de años atrás de: “me cayó el veinte”, cuando hacía conexión el teléfono, sea tan reveladora de estos momentos de emoción ante un pequeño o gran descubrimiento.

La mayoría de los grandes hallazgos, se dice popularmente, que fueron por casualidad. Pero siempre requieren una persona que sea capaz de establecer la relación, de hacer la conexión, de leer entre líneas. Se parte de una sospecha, de una conjetura, pero hay que ser Pasteur para descubrir el mundo microbiano y hay que tener la sapiencia y la paciencia del científico para navegar contra corriente (Latour, 1995).

La casualidad de que funcionara mal la calefacción en el laboratorio de Fleming y que entrara moho por la ventana y contaminara un cultivo, llevó al descubrimiento de la penicilina. Pero después de la primera sospecha, de que hiciera la conexión entre los hongos y el cultivo de estafilococo, a Fleming le tomó muchos años de investigación llegar a establecer, de manera definitiva, su gran descubrimiento. Otros increíbles descubrimientos, que se dicen casuales, como los rayos X, el LSD, el estetoscopio, el Viagra, etc. siempre parten de una conjetura y se desarrolla después con trabajo arduo, sistemático e imaginativo.

## La imaginación sociológica

En ese sentido resulta fundamental la “imaginación sociológica” como diría Wright Mills (1961) en un buen libro, con un gran título, un mejor apéndice y una muy mala traducción. Es la imaginación sociológica “la que separa al investigador social del mero técnico” y esta consiste en una parte considerable “en la capacidad de pasar de una perspectiva a otra y en el proceso de formarse una opinión adecuada de una sociedad total y de sus componentes”. En esencia es “la combinación de ideas que nadie esperaba que pudieran combinarse” (222). La imaginación es la que permite conjeturar, es la base fundamental del proceso de abducción.

Así lo confirma Guillermo de Bakersville, personaje de Umberto Eco en *El nombre de la rosa*, cuando recomienda a su discípulo Adso la manera de resolver un misterio:

*Que no es como deducir a partir de ciertos principios. Y tampoco es recoger un montón de datos particulares para inferir después una ley general. Equivale más bien a encontrarse con uno, dos o tres datos particulares que al parecer no tienen nada en común, y tratar de imaginar si pueden ser otros tantos casos de una ley general que todavía no se conoce y quizá nunca ha sido enunciada (Eco, 1984: 372).*

El tema lo retoma el autor en otro texto de corte académico donde se refiere a la forma de pensar de Aristóteles con respecto a la definición de las diferentes especies de animales con cuernos (Eco, 1989).

O como diría Bourdieu, de manera complicada, en el *Oficio del sociólogo*:

No hay intuición que no pueda recibir una función científica cuando, controlada, sugiere hipótesis... De esta forma la intuición no sólo contribuye al descubrimiento, sino al control epistemológico, en la medida en que, controlada, le recuerda a la investigación sociológica su

objetivo de recomponer las interrelaciones que determinan las totalidades construidas" (1979: 84).

Braudel era un apasionado del documento directo y éste constituía "la gran puerta abierta a la imaginación". Y como dice su esposa, que si se trata de imaginación, él tenía "para dar y vender". Cuando estaba en el campo de concentración le escribió a su esposa: "Felizmente mi imaginación no me deja sólo nunca; tú la conoces, ella me ha servido ahora como un bello recurso" (Braudel, 1993: 88). Pero antes de poder terminar su obra Braudel había cambiado de perspectiva, había vivido en Argel y visto el mediterráneo desde el otro lado y luego vio a Europa y Francia desde la lejanía del Brasil. Él mismo reseña esta experiencia al afirmar:

*Si uno pasa un año en Londres, lo más probable es que llegue a conocer muy mal Inglaterra. Pero, en comparación, a la luz de los asombros experimentados, comprenderá bruscamente algunos de los rasgos más profundos y originales de Francia, aquellos que no se conocen a fuerza de conocerlos. Frente a lo actual, el pasado confiere, de la misma manera, perspectiva (1970: 80).*

La imaginación es una condición fundamental para las ciencias y las artes, incluso en las peores circunstancias. Al respecto el pintor zacatecano Pedro Coronel señala que:

*En el Instituto de Ciencias de Zacatecas, donde estudié, había una biblioteca. En los libros de arte ya no estaban las láminas, sólo el nombre del pintor y el título de la obra. Yo llené esos espacios vacíos con la imaginación. La segunda reconstrucción la hice en los museos de Europa (Placa en la entrada del Museo Pedro Coronel en Zacatecas).*

Por eso, su legado a Zacatecas fue precisamente dejar un museo lleno de obras maravillosas, de obras que lo estaban esperando, buscando y que reposan con él en su tierra natal.

Una manera práctica de despertar la imaginación sociológica según Mills, es cambiar de perspectiva. Muchas veces esto se logra cuando se opta por una perspectiva multi o interdisciplinaria.

Según Murra una de sus obsesiones ha sido:

*Mostrar tanto a etnógrafos como arqueólogos que hay un lado documental que puede apoyar su investigación, ya sea etnográfica o arqueológica. Así es que a los arqueólogos les hablaba de documentos que ayudan a la arqueología; y a los etnólogos de documentos que ayudan a la etnografía. Yo nunca quise separar estas cosas, para mí hay una sola disciplina que es la antropología con diferentes tácticas... (Castro et. al., 2000: 88).*

Algo similar propone Ginsburg cuando incursiona en una "Pesquisa sobre Piero de la Francesca" (1984) y asume el tema y problema de la datación de sus obras: "En realidad, en la datación, la cuerda de la lectura estilística se engancha siempre con resultados más o menos convincentes, a los clavos documentales de los que se dispone". En este caso se propone que los historiadores del arte soporten sus conclusiones en documentos más que en investigaciones iconográficas. Y justifica su incursión en el campo del arte haciendo referencia a Lucien Febvre que invitaba a los historiadores a examinar "hierbas, formas de los campos, eclipses de luna". En ese sentido los cuadros "son documentos de historia política y religiosa" (1984: XVII).

En los estudios migratorios es también indispensable la interdisciplinaria. Se trata de un fenómeno dinámico que hay que medir, mesurar con métodos cuantitativos, pero las explicaciones las aportan los propios involucrados en el proceso, los migrantes, para lo cual se requiere de métodos cualitativos. En ese sentido el *Mexican Migration Project* ha tenido éxito por su apuesta parmente por la complementariedad de enfoques. Donde la sociología, la demografía, la historia, la geografía y la antropología se complementan y permiten tener una visión integral del

fenómeno. Otro ejemplo en el campo de los estudios migratorios es el análisis que Durand y Massey (1995) realizan sobre los exvotos de tema migratorio, donde aportan una mirada nueva del fenómeno y reconstruyen el proceso migratorio a partir de los testimonios votivos que los migrantes dejaron en distintos santuarios del país. Se trata de un análisis cualitativo de otro nivel, donde el autor y el lector se involucran en el análisis de una expresión religiosa y artística del fenómeno migratorio, que deja libre el proceso de interpretación.

## La obra maestra y el bosquejo

El historiador michoacano Luis González, autor del *Oficio de Historiar*, tenía en el escritorio de su biblioteca en San José de Gracia un altero de hojas de gran tamaño (triple oficio) que utilizaba para hacer sus “sábanas”, como él las llamaba. Allí estaba la estructura del artículo en un intrincado “mapa mental”, una cuadrícula llena de flechas, listados, globos y referencias. Una vez terminada la sábana se ponía a escribir con esa facilidad y sabrosura que sólo él podía tener.

El investigador hispano colombiano, Jesús Martín Barbero construye con oficio de cartógrafo intrincados mapas, con lápices (hoy día plumones) de diferentes colores que “marcan la relación de unas ideas con lugares y acontecimientos, unos nombres fuertes con frases atravesadas con dibujos de tránsitos entre autores y temas” y concluye: “Sólo después, al ‘pasarlos a máquina’ lo reescribí de modo que las costuras y recosidos quedaran en su revés”. Al igual que muchos escritores e investigadores, el pintor mexicano Enrique Climent empieza haciendo bosquejos:

*Cada pintor tiene su manera personal de desarrollar su arte. Algunos se enfrentan a la tela y comienzan a trabajar, hay otros que necesitan de un boceto. Yo pertenezco a esta última categoría. Ambos sistemas son válidos porque lo que cuenta es el resultado. Así, par-*

*tiendo de un pequeño dibujo empiezo mi cuadro. A veces la obra es fiel al boceto hasta el final, pero en otras ocasiones que son la mayoría, el cuadro se resiste y comienza la lucha (Climent, 1977: 15).*

Pero Braudel iba mucho más allá. Durante los cinco años que permaneció en el campo de concentración rehízo de manera total su obra maestra en varias ocasiones. Y lo hacía de memoria, porque no disponía de sus ficheros. Su esposa le reprochaba el desperdicio de tiempo y esfuerzo, pero “no podía hacerlo de otra manera” es más, para defender su método en una ocasión le dijo:

*Eres precisamente tú, la que me contó, sin criticarla para nada, la manera en que Matisse redibujaba cada día el mismo retrato de la misma modelo. Me dijiste que cada día regularmente tiraba su dibujo al cesto de papeles, hasta que llegaba el momento en que encontraba, por fin, la línea que le agradaba verdaderamente. Pues bien, después de todo, es un poco la misma cosa que yo hago (Braudel, 1993).*

La obra maestra de Picasso, *Las señoritas de Aviñón*, fue realizada a partir de cientos de bocetos y varias versiones, hasta que logró expresar su propuesta final que se considera como una de las obras primigenias y fundamentales del cubismo y el arte contemporáneo. A partir de la prueba y el error, después de múltiples intentos fallidos y de entrar en decenas de callejones sin salida, finalmente el trabajo tenaz permitió ver la luz y otra manera de representar la realidad. Se reconocen múltiples influencias en esta obra, desde pintores consagrados como Cézanne, Lautrec, El Greco, Ingres, de antigüedades ibéricas y egipcias y de las esculturas africanas que apreciaba en las colecciones del Museo del Hombre en el Trocadero. Además se ha documentado una influencia directa de la geometría, del cine, la fotografía y las postales africanas de Edmond Fortier (Miller, 2007).

La obra maestra es, finalmente, una síntesis de múltiples y diferentes influencias. En el caso de Braudel y su

obra magna del Mediterráneo se forja lejos de las aulas y fuera del medio universitario. Según su esposa Paule la obra “es el fruto de una lenta maduración”, de una vida bastante caótica “compuesta de diversos fragmentos, cada uno de los cuales ha constituido una especie de aventura y experiencia muy peculiares... de una experiencia campesina, seguida de una experiencia africana y más exactamente magrebina, más tarde una experiencia brasilera y, finalmente, de una experiencia carcelaria” (Paule Braudel, 1993: 86).

De acuerdo con Miller (2007):

*Cualquier obra artística o científica bebe necesariamente de muchos campos aparentemente inconexos”. Para Einstein la música y la física estaban profundamente relacionadas y decía que las “verdades musicales y físicas son formas platónicas que la mente debe intuir. La música de alto nivel no puede ‘crearse’ del mismo modo que la física con mayúsculas tampoco puede deducirse estrictamente de los datos experimentales. En ambos casos se necesita de cierta concepción estética del universo (Miller, 2007: 223).*

## La entrada al tema y el ingreso por la puerta falsa

En el medio antropológico mexicano recuerdo haber escuchado una frase que se repite de manera recurrente a los estudiantes cuando están empezando a trabajar en su proyecto de investigación: “no hay temas buenos o malos, hay investigadores buenos y malos”. Cualquier tema puede convertirse en objeto de estudio, el problema radica en el enfoque, la perspectiva, el ángulo que uno quiera desarrollar.

En ese sentido los grandes temas son engañosos y por lo general están ya muy trabajados. Pero siempre hay un subtema que se dejó sin analizar, una pista que otro investigador dejó insinuada, que no tuvo oportunidad de

desarrollar y que se puede retomar. Dicen los historiadores norteamericanos que es muy temerario para un estudiante trabajar en los temas clásicos mexicanos: la reforma, la revolución, el cardenismo, incluso el largo periodo colonial. Pero si el estudiante insiste, tiene que encontrar un resquicio, una rendija por donde se descubra una nueva manera de abordar la temática, un nuevo enfoque analítico, documentos inéditos o archivos que aporten nueva luz a una trama ya muy develada.

Pero incluso una vez definidas las coordenadas metodológicas de la investigación, donde se establecen los parámetros espacio-temporales, temático-teóricos, puede ser que el investigador se sienta perdido. Que no encuentre la clave, o la puerta de entrada para desarrollar, entender o explicar los temas que está trabajando.

Nigel Barley, en el *Antropólogo Inocente* (1983) uno de los mejores libros de metodología cualitativa, que no pretende serlo, narra su desesperación porque “estaba a punto de tirar a la basura todo lo que había sacado en claro hasta el momento sobre el ‘mapa cultural’ de los dowayos” (163). No podía entender la relación que establecían los dowayos “entre las etapas del ciclo del mijo y los procesos sexuales de la mujer”. Desesperado fue a ver a una “informante clave” que le aclaró el asunto al decirle que “las embarazadas no podían entrar en la era hasta que el niño no esté totalmente formado y a punto de nacer”. Y dice que esta afirmación “arrojó una luz totalmente nueva sobre el tema. Continuó explicando “que si una embarazada entraba en la era daría a luz demasiado pronto. De esta forma quedaba salvada mi teoría de la relación entre las etapas del desarrollo del mijo y la fertilidad femenina”. Según Barley:

*Resulta imposible explicarle a un lego la profunda satisfacción que puede producir una información tan simple como ésta. Quedan así validados años de enseñar perogrulladas, meses de enfermedad, soledad, aburrimiento y horas y más horas de preguntas tontas. En antropología las ratificaciones son pocas y ésta me vino muy bien para recuperar la moral (165).*

Uno de los puntos claves de la investigación de Barley era el tema de la circuncisión. Tuvo que resolver el rompecabezas “poco a poco y a lo largo de meses”. Muchos elementos simbólicos estaban relacionados con la circuncisión y “mediante un constante proceso de prueba y error, uno se va abriendo paso en un mar de datos confusos” (160). Pero la llave para investigar un tema, no sólo elusivo, sino del que sólo podía hablarse entre iniciados, fue demostrar públicamente su masculinidad ya que los “hombres no circuncidados tienen una aura de femineidad”. Tuvo entonces que bajarse los pantalones y “el circuncidor tuvo a bien certificar que estaba ‘honoríficamente circuncidado’, previo pago de seis botellas de cerveza” (98).

En ocasiones el investigador no encuentra una salida airoso, un enfoque novedoso y debe buscar indirectamente la entrada en el tema. Son los casos de Detlef Berthelsen e Ignasi Terradas, donde el primero se atreve a proponer una nueva biografía del archi-biografiado Sigmund Freud y el otro a incursionar en las muy y bien estudiadas condiciones de la clase obrera en Inglaterra, en los tiempos de Marx y Engels.

El periodista alemán Detlef Berthelsen empezó a interesarse en Freud después de leer un artículo sobre el fundador del psicoanálisis donde se hacía referencia a la casa de éste en Maresfield Gardens, donde todavía vivía su hija Anna, famosa analista infantil. Y la curiosidad por conocer la casa por fuera lo llevó de la mano a la oportunidad de ingresar y verla por dentro. Al estar merodeando por el lugar se encontró con la empleada Paula Fichtl, quien lo hizo pasar, le invitó un té con galletas y le enseñó el famoso despacho y la colección de estatuillas femeninas del profesor Freud. Allí empezó una relación de mutua curiosidad y luego de amistad ya que hablaban en alemán. La relación terminó en varias sesiones donde se sentaban a platicar y tomar el té con pastelillos.

Años después le encargaron hacer una entrevista formal con Anna Freud, quien primero se negó y luego sólo le concedió cincuenta minutos. Más allá de la entrevista, la ocasión sirvió para restablecer la relación con Paula Fi-

chtl y trabajar en una biografía íntima o casera de Freud a partir de los recuerdos y experiencias vividas por Paula, como ama de llaves de la casa a lo largo de más de cuarenta años. De ahí surge el libro *La vida cotidiana de Sigmund Freud y su familia* y el apéndice "Sobre la cocina de los Freud" donde se reseñan algunas de sus recetas y se confirma que éste prefería los platillos rurales de origen judío checo y que para nada gustaba de la comida *koscher*.

Por la puerta de la cocina Berthelsen pudo ingresar a un ambiente de intimidad que ningún encumbrado biógrafo había logrado. Por medio del ama de llaves sabemos que Sigmund Freud pasaba sus horas de ocio sentado con un libro en la sala de estar, mientras su esposa y su cuñada estaban ocupadas con alguna labor. "Freud tiene preferencias por Wilhelm Busch y las novelas inglesas" pero Paula observa que "casi siempre leía una novela policiaca de Sherlock Holmes". También entre las novelas policiacas suele Freud escoger autores ingleses como G.K. Chesterton, Agatha Christie y Dorothy Sayers: "el señor profesor sabía siempre quién era el asesino, pero si luego resultaba ser otro, se enfadaba" (Berthelsen, 1995: 39).

El interés de Freud por descubrir la trama de la novela policiaca, nos remite a la lectura que hiciera del especialista en arte Morelli, quien descubría la autenticidad de una obra, a partir de los detalles que para otros pasan inadvertidos, como señala Ginzburg (1989). Pero la anécdota de Paula Fichtl sobre la lectura acuciosa de Freud de las obras de Conan Doyle, confirma la pertinencia de varios autores por relacionar el método indicial con las obras de Morelli, Peirce, Holmes, Poe y Freud (Ginzburg, 1989; Sebeok, 1987; Eco, 1989)<sup>2</sup>. Más aún, se le ha atribuido a Freud que en sus ejemplos de análisis psiquiátrico, recurriera a la manera en que solía Sherlock Holmes explicar sus deducciones. Incluso se le ha acusado de copiarlo (Van Het Reve, 2005).

Por su parte, Ignasi Terradas, antropólogo de la Universidad Autónoma de Barcelona, parte de una nota a pie

<sup>2</sup> Al parecer Ginzburg y Sebeok no tuvieron a mano la obra de Berthelsen, sobre la vida cotidiana de Freud y las revelaciones de su ama de llaves.

de página, en una de las ediciones del libro de Engels *La condición social de la clase obrera en Inglaterra*, para rastrear históricamente el caso de la costurera Elisa Kendall y para plantear lo que él llama la “antibiografía” o el develamiento de “las condiciones sociales de desconocimiento de una persona”. Engels se refiere de manera anónima al caso de Elisa Kendall, costurera que pertenecía al último estrato social de la Inglaterra de mediados del siglo XIX y opta por el suicidio, porque el sistema de explotación extremo al que se ve sometida ella, su familia y su entorno social, no le dejan otra salida (Terradas, 1992).

A partir del juicio que se hace sobre su caso, Terradas devela “el silencio, el vacío y el caos que una civilización ha proyectado sobre una persona” (1992: 13). El caso de Kendall le da pie a Engels para poner de relieve el último grado de explotación capitalista, en un sistema de subcontratación extremo, que impide la propia reproducción de la clase trabajadora y que recae sobre las mujeres. Pero su reflexión y análisis sobre el caso particular sólo quedó en una nota a pie de página.

Terradas (1992) entra por la puerta falsa a revisar de manera original un tema clásico, como el de las condiciones de la clase obrera en Inglaterra. Y de manera magistral le da vida al caso anónimo de la nota de Engels y le sirve de pretexto para tratar el tema de la alienación en Marx y hacer un paralelismo con dos autores clásicos del romanticismo: Goethe, en el Fausto, y la poesía de Leopardi. Antropología, historia, filosofía y análisis literario se reúnen en un pequeño volumen que pone al descubierto, lo general —el sistema capitalista— a partir de lo particular: un caso, una obrera anónima a la que le da vida, que fue utilizada y desechada por el sistema y marginada a una nota a pie de página.

Muchas veces el descubrimiento de la rendija para entrar a un tema trillado es el resultado de años de reflexión y lectura sobre un tema. Terradas, había estudiado a las colonias industriales inglesas y españolas del siglo XIX (1979, 1994) y conocía a fondo el tema obrero industrial desde la perspectiva histórica y antropológica. Pero es la

sospecha, la curiosidad innata, la capacidad para hacer conjeturas, la que lo lleva a buscar más sobre el tema.

## El ojo clínico

Los temas nuevos y los hilos negros no se encuentran por suerte o casualidad. De pronto se aparecen y es la capacidad del investigador, como la del minero, la que puede distinguir la veta. Cuenta Carey McWilliams en su famoso libro "Al norte de México" (1968) que en los años cincuenta del siglo XIX un minero norteamericano apellidado Comstock se quejaba de "metales bajos y materiales azules" que le dificultaban aislar el oro. En eso un minero mexicano que pasaba por ahí al ver las piedras azuladas, empezó a gritar emocionado: "plata, mucha plata, mucha plata". Sólo entonces Comstock se dio cuenta que estaba frente a una de las minas de plata más ricas del mundo (1968:162). Uno puede ir en busca de oro, pero no está nada mal encontrarse con plata. La diferencia entre mirar y ver es fundamental en el proceso de investigación. De cualquier exploración, búsqueda o pesquisa.

Hace unos años busqué en los fondos especiales de la biblioteca Regenstein de la Universidad de Chicago el archivo de Robert Redfield. Me habían dado el "tip" de que estaba su diario de campo en el barrio mexicano de Chicago. Las restricciones de la biblioteca me impidieron sacar una copia, así que años después, en una estancia larga de investigación, volví sobre el asunto en compañía de mi esposa y colega Patricia Arias. Poco a poco descubrimos que el archivo de Redfield había sido estudiado a fondo, se había publicado casi todo, incluso la correspondencia (Godoy, 1978; Pérez Castro et.al., 2002), pero nadie le había puesto el ojo al diario, que eran simples apuntes, notas de campo en una pequeña libreta en 1924. A nosotros, como antropólogos, nos pareció un texto fundamental de corte metodológico y un documento básico para los estudios migratorios entre México y Estados Unidos y decidimos publicarlo con un estudio introductorio (Arias y Durand, 2008).

Años después un estudiante comentó acerca de “la suerte” que habíamos tenido de encontrar el diario, no era suerte, muchos lo habían visto antes, pero no habían podido ver o apreciar lo que nosotros habíamos reconocido.

En efecto, Henning Mankell, pone en boca de Kurt Wallander su célebre detective esta misma situación donde uno tiene enfrente la solución y no puede verla:

*Sentía que me hallaba en los aledaños de la incógnita, muy cerca del gran secreto y, sin embargo, no lograba darle alcance; al menos no todavía. La explicación será sin duda, muy sencilla, se decía, tanto, que soy capaz de verla. Algo así como cuando uno va buscar los lentes y resulta que los trae puestos (1997: 374).*

Algo similar le dijo el sabio franciscano Guillermo de Baskerville (el Sherlock Holmes medieval creado por Umberto Eco) a su discípulo Adso cuando reflexionaban sobre la búsqueda infructuosa del libro que ya había cobrado cuatro muertes en la abadía de Melk:

—“Un momento. Decimos que no está porque no lo hemos encontrado. Pero quizá no lo hemos encontrado, porque no lo hemos visto donde estaba.

—¡Hemos mirado en todas partes!

—Mirado pero no visto. O bien visto, pero no reconocido...” (Eco, 1984: 447).

En el campo de la fotografía, cuenta Pedro Valtierra, que “Era tal la competencia en la redacción que cada día te partías la madre por ser el primero, por ser el mejor, por ser el más original. Era un periodismo vivo, era Uno más Uno”, allí cambió la fotografía en México y los reporteros gráficos pasaron a ser verdaderos fotógrafos. Allí se inició una escuela y había un maestro: “Durante los seis años que trabajé en el Uno más Uno de Becerra Acosta, hablé unas diez veces con él. Pero me marcaron. Te soltaba una frase que te quedaba dando vueltas en la cabeza durante días, buscando el significado de lo que quería decir”. Y narra como Manuel Becerra Acosta mira una de sus fotos.

Guarda silencio. Se levanta. Camina. Se dirige a fotógrafo, para quien el preámbulo silencioso del director es un suplicio, y dice:

—¡Valtierra! ¿Qué no fue al evento?

—Sí fui. Ahí tiene las fotos.

—Pedro Valtierra... ¡Usted fue, pero no estuvo! (Malvido, 2004: 21).

Lo mismo sucede en el campo de las ciencias sociales. Recordemos que el viejo Durkheim decía, en “El método sociológico” que los hechos sociales, que son el objeto de investigación de los sociólogos, aparecen ante el observador con elementos exteriores o capas que lo distorsionan. Y el científico tiene que descubrir, develar lo que realmente son y significan. O en el campo de la historia como afirma Braudel:

*El problema está planteado. Pero a mi modo de ver la sorpresa, la desorientación, el alejamiento y la perspectiva —insustituibles métodos de conocimiento todos ellos— son igualmente necesarios para comprender aquello que nos rodea tan de cerca que es difícil vislumbrarlo con claridad (1970: 67).*

Don Pedro Armillas, fue uno de los tantos refugiados españoles que llegaron a México y aportaron con su conocimiento y trabajo al crecimiento y profesionalización de las ciencias sociales. Al resumir su “aventura intelectual” decía que en la práctica había podido integrar su formación inicial como arquitecto, luego su experiencia como artillero durante la guerra, donde tuvo que aprender topografía y a leer mapas y cartas y finalmente la arqueología.

*Todo está relacionado. Lo que me ha servido mucho en la arqueología es la artillería; como oficial de artillería hay que tener, en primer lugar, el sentido del terreno y de la observación de lo insólito. Eso se aplica a lo mismo: a tener una idea de dónde puede estar un yacimiento arqueológico en relación a la totalidad del paisaje, donde*

*pueden estar las trincheras enemigas que uno tiene que batir. Y lo insólito, es ver que hay una agrupación de matorrales en un paisaje, donde no hay matorrales tan concentrados. Porque hay matorrales que crecen en las piedras de las ruinas, puede ser que sí o que no, pero resulta que uno se acerca y hay tepalcates por ahí. Lo mismo se descubriría oteando el horizonte en el frente enemigo. Uno descubriría allí una mancha aislada, o un montón de ramas o unos arbustos que no tenía por qué estar ahí y que podían ser el camuflaje de una batería enemiga (Durand, 1987: 134).*

Fue la mirada de Armillas, capaz de ver lo insólito en el paisaje, la que lo distinguiría por su trabajo sobre el paisaje azteca y el reconocimiento desde el aire del antiguo sistema chinanpero del Valle de México. Armillas utiliza la fotografía aérea, para luego bajar al terreno y caminar sobre los antiguos camellones de las chinampas (sistemas de cultivo) prehispánicas (1987).

En el mundo del arte el ojo clínico resulta ser fundamental. Cuenta Julian Brooks, curador de dibujos italianos del renacimiento, en el Museo Paul Getty de Los Angeles, que sufrió lo indecible durante una subasta realizada en Sotheby's donde se ofertaba un dibujo del renacimiento temprano (1470) atribuido a Piero del Pollaiuolo que era el retrato de un joven de frente. En esa época empezaba a dejarse la tradición de pintar retratos de perfil y empezaba una gran transformación en ese sentido.

La obra de arte era rara, auténtica y tenía varios postores. Sin embargo, el detalle importante para el curador era el botón de la camisa que aparecía a la izquierda del cuello, algo totalmente insólito e inusual en las pinturas del Renacimiento. Su interpretación fue que se trataba del reverso del espejo, es decir no era un retrato, sino un autorretrato, quizá el ejemplar más antiguo que se conozca. De ahí la relevancia de poder obtener esa pieza para el museo. A la conjetura inicial del curador le siguieron muchas horas de investigación y desvelo que finalmente die-

ron fruto y pudieron adquirir una obra que cobró un valor excepcional a partir de un simple detalle<sup>3</sup>.

Finalmente, en los tiempos idos de la escuela de Antropología de la Universidad Iberoamericana, con Ángel Palerm a la cabeza, los profesores revisaban el diario de campo de los alumnos y por lo general veían, descubrían o relacionaban temas, problemáticas y discusiones que el estudiante no había podido establecer. El ojo clínico que ve lo que los otros no ven, que descubre relaciones nuevas, se debe al oficio. No siempre el maestro da en el blanco, pero muchas veces puede plantear una conjetura que permita buscar por otros caminos o desde otras perspectivas. El ojo clínico del médico, la sospecha del detective, la mirada del artillero, la ojeada experimentada del minero, la conjetura del filósofo, la sospecha del curador, la experiencia del antropólogo son maneras de pensar que requieren de un entrenamiento en áreas específicas del conocimiento, son partes del oficio que les permiten abordar la realidad desde una óptica que ya está entrenada para ver, descubrir, develar, relacionar, imaginar, conjeturar.

## El trabajo de campo y el trabajo del diario

Los antropólogos se forman en el trabajo de campo, como los historiadores en el archivo y los químicos en el laboratorio, sin esa experiencia vital no hay profesionalización. Pero no sólo basta la experiencia también se requiere ciertas habilidades o cualidades personales. Recuerdo que un estudiante me confesaba que le daba pavor tocar la puerta y empezar a hablar con la persona que quería entrevistar. El consejo era evidente, que mejor se dedicara a la historia y, con el cambio de carrera, fue feliz. Ahora pasa el tiempo revisando documentos sin tener que hablar con nadie, ni tener que probar bocadillos dudosos o dormir en el suelo como los antropólogos.

<sup>3</sup> Ver: [http://blogs.getty.edu/iris/files/2012/02/gm\\_33681201.jpg](http://blogs.getty.edu/iris/files/2012/02/gm_33681201.jpg)

En efecto, la imagen que algunos antropólogos dan del trabajo de campo puede ser un poco deprimente, pero no deja de tener cierto exotismo. Según Levi-Strauss:

*Es preciso levantarse con el sol y quedarse despierto hasta que el último indígena caiga dormido. Inclusive a veces es necesario observarlo mientras duerme. Uno debe esforzarse por pasar inadvertido, pero al mismo tiempo debe estar siempre presente. Se debe verlo todo, apuntarlo todo, dar muestras de una indiscreción humillante, mendigar para obtener información como un chamaco (1970).*

O como diría en otra ocasión “cuando se han perdido quince días con un grupo de indígenas sin conseguir sacar de ellos nada en claro, simplemente porque no les da la gana, uno llega a detestarlos” (Barley, 1983: 7). La misma experiencia y desesperación queda evidente en el famoso diario personal de Malinowski.

Pero Levi-Strauss también reconoce que la curiosidad es mutua, como la de su informante el jefe nambiquara que:

*Su curiosidad hacia nuestras costumbres y las que yo había podido observar en otras tribus no cede en nada a la mía. Con él, el trabajo etnográfico jamás es unilateral, lo concibe como un intercambio de informaciones, y las que yo le proporciono son siempre bienvenidas... (1970: 307).*

El carácter holístico de la etnografía requiere de una visión amplia, de una curiosidad infinita y de un ejercicio sistemático de recolección de información, donde se parte del principio de que todo es importante. En realidad no se sabe qué es importante y qué no, y sólo después, como diría Levi-Strauss cuando:

*Toda la masa de materiales acumulados es tal, que no se entiende nada, todo se convierte en un revoltijo, es un desorden que ya no se puede controlar... y hay que hacer*

*una pausa para asimilar la masa de materiales y ordenarlos* (Mergeir, 2008).

Una primera fase en el proceso de ordenamiento o clasificación se hace con la revisión del diario de campo. Allí quedaron plasmadas las conversaciones, observaciones y entrevistas tal cual se realizaron. En el diario se trata de ser fiel a lo que se escuchó y lo que se observó. Allí suele estar todo. Las notas de campo son el tesoro más preciado del antropólogo, si las pierde está perdido. Un compañero era famoso por su obsesión en cuidar los diarios y prácticamente dormía con ellos. Recuerdo a un colega que trabajaba con los Aguarunas en el río Marañón y se pasó seis meses recolectando canciones, mitos y cuentos. Concluido el trabajo decidió regresar y se fue al río a esperar una canoa o una lancha que lo llevara de regreso. Como se puede imaginar en esos lares no hay un servicio de transporte muy fluido. Después de días de angustia y de espera vio a unos indígenas en balsa y se decidió a viajar con ellos río abajo. No había otra opción y de ese modo podría lograr, en viaje tan largo y aburrido, algunos materiales nuevos. En un trípode en medio de la balsa iban sus diarios, notas y grabaciones. Al llegar a un "pongo" (un rápido) la balsa se deshizo y de milagro salvó la vida, no así sus notas que fueron a parar al fondo del río. Basta decir que nunca pudo concluir su tesis de doctorado.

El diario es la obsesión del antropólogo, como lo es el cúmulo de encuestas no capturadas para el sociólogo. El material de campo se consigue con trabajo arduo, sudor, desesperación y lágrimas. Recuerdo a Brian Roberts cuando investigaba de manera febril a lo largo de semanas. Finalmente, un día se sentó en la sala pidió un *Scocht* y dijo que había concluido la fase de recolección. Se le veía feliz.

## El arte de narrar

La fase final de toda investigación es la presentación de resultados. Presentación que no debe seguir el orden que

se llevó en la pesquisa. Se trata también de un oficio, de una práctica, de un arte, lamentablemente muy difícil de enseñar y complicado de aprender a destiempo. Si no hay habilidades mínimas para redactar esta fase puede convertirse en un verdadero suplicio. No se trata de hacer literatura, sino de presentar de manera coherente y legible un argumento. Hay que aprender a darle estructura a un artículo, a una tesis. Hay que saber introducir un tema, discutir con autores, presentar un planteamiento y concluir.

En antropología se le reconoce a Malinowski como uno de los más grandes investigadores de campo, por haber desarrollado el método etnográfico a partir de su propia práctica de investigación, de su oficio. Pero también se le reconoce por la pluma. Según Levi-Strauss sus trabajos "son verdaderas obras maestras por la sensibilidad aguda y el don literario con los que logra percibir y describir la vida de las sociedades indígenas" (Mergier, 2008:59). En efecto, son dos oficios necesarios uno el de percibir y observar, otro el de describir o narrar.

En el campo de la historia también hay estupendos narradores. Y en algunas instituciones se aprecia tanto la sapiencia y la sabiduría en diversas materias como la buena pluma. Es el caso de Alfonso Reyes, en El Colegio de México, quien se destacó por su obra literaria, pero también por sus incursiones en la historia, el arte y el cine. Según José de la Colina, Alfonso Reyes "Supo traer esa cultura universal a las páginas mexicanas. Lo hizo con un estilo llano, fácil de leer y agradable. Creo que esa fue su mayor virtud, su capacidad de poner en una prosa extraordinaria una cultura universal". Y según Francisco Prieto, Alfonso Reyes "Es un autor muy clásico que no requiere tener un diccionario a la mano para leerlo y comprenderlo. Estoy convencido que a Reyes tan sólo hay que prestarle atención para gozarlo"<sup>4</sup>.

<sup>4</sup> Citado en <http://www.barrio.com.mx/index.php?ver=noticia&id=4223&secc=perf>

Cuenta Luis González, su discípulo literario más connotado, que en El Colegio de México de aquellos tiempos, insistían muchos en la redacción y se utilizaban los textos de Azorín, claros y diáfanos, como modelos narrativos de los que había que aprender.

Una de las virtudes de los trabajos de Einstein se debe precisamente a su manera directa, clara y concisa de escribir y de plantear un argumento. Y esto lo aprendió en la oficina de patentes, donde practicó el oficio revisando propuestas cuya principal virtud debería ser la claridad.

En ocasiones hay que aprender a leer a autores consagrados que no se distinguen precisamente por la claridad de su prosa, pero tienen cosas importantes que decir. Según Enrique Serna esto podría decirse de Carlos Monsivais: "el cronista más leído y respetado de México". Se le llegó a considerar la conciencia crítica de la nación, fundador de la "hermenéutica del folklore urbano" que nunca escribía en primera persona, quizá para que sus textos se volvieran en verdades infalibles: "Mucha gente admiraba a Mosivais sin entenderlo, o lo admiraba precisamente porque no lo entendía". Octavio Paz parece confirmar a Serna al afirmar que el estilo de Monsivais era "confuso, profuso y difuso" (2013: 200).

También se da el caso que algunos temas requieran de un mayor esfuerzo de comprensión por parte del que lee. Hay casos de autores que el lector tienen que leer el párrafo dos o tres veces. Lo que es distinto de releer, uno vuelve a un texto cuando ha disfrutado de su lectura, cuando quiere volver a experimentar ese gusto y sospecha que hay todavía mucha sabiduría de la cual alimentarse. Pero la paciencia del lector tiene límites y, más aún, la de los profesores y dictaminadores. Si un artículo no está bien escrito, las probabilidades de que sea leído son mucho menores y mayores las posibilidades de que sea rechazado.

No hay fórmulas mágicas al respecto, solo la práctica permite mejorar y avanzar hasta llegar a tener, en el mejor de los casos, un estilo propio. Los modelos en el campo de las ciencias sociales son muchos, entre ellos algunos clásicos como Bronislaw Malinowski, Clifford Geertz,

Marvin Harris, Eric Hosbawm, Paul S. Taylor, John Kenneth Galbtsith, Barrington Moore y algunos contemporáneos como Douglas Massey, Alejandro Portes, Patricia Arias, Alejandra Moreno Toscano, Arturo Warman, Enrique Krause y tantos otros.

Una de las plumas más sofisticadas del medio académico es la del historiador Luis González, quien desarrolló un estilo muy propio, donde la profundidad radica precisamente en la sencillez y la claridad. La rigurosidad histórica y el estilo campirano dan como resultado un estilo peculiar, digno de admirar, pero no de imitar. Algunos intentos por copiarlo o imitarlo han resultado remedos. Salvo el caso del Premio Nobel Jean Marie Le Clézio, en Urania que es un buen homenaje al amigo y colega que lo acogió por algunos años en El Colegio de Michoacán.

Muchas veces cuando se escribe claro, con estilo y se va al grano, el comentario del estudiante, e incluso del profesor o sinodal de tesis, es que el texto es muy "sencillo", muy "clarito", fácil de leer, como si la norma fuera lo contrario. Y es que algunos califican o identifican a la escritura abstrusa, críptica y complicada con el pensamiento abstracto o la reflexión teórica. Pareciera que escribir con claridad denigrara el pensamiento abstracto, por lo que son partidarios del lema aquel de que "cuanto más abstruso, más teórico".

Obviamente hay reglas, trucos, estructuras básicas y consejos mínimas. Un profesor, recordaba la receta y la estructura elemental del "sujeto, verbo y complemento", que muchos estudiantes suelen evadir con pésimos resultados. La frase inicial de una novela es clave para el lector, pero puede ser una tortura para el escritor. Si desde el título el tema parece aburrido, críptico o mal planteado, no habrá muchas posibilidades de sumar lectores. Por eso se recomienda que para empezar un artículo o capítulo "haya que romper con los automatismos" de ese modo se engancha al lector.

Recuerdo un artículo del *Nouvel Observateur*, que empezaba más o menos así, en traducción libre y con memoria remota: "La eyaculación precoz ha hecho para el

psicoanálisis, lo que el psicoanálisis no ha hecho para la eyaculación precoz". La frase no sólo llamaba la atención, iba al grano y destilaba desde el inicio una crítica mordaz. Lo mismo sucede con la oratoria. Recuerdo que un maestro comenzaba su conferencia con un volumen de voz muy bajo, que apenas se podía oír y eso nos forzaba a los oyentes a prestarle atención. Los americanos recomiendan empezar y terminar una conferencia con un chiste o una broma, a veces se ríen de ellos mismos, lo que resulta mejor que reírse de los espectadores. Saber empezar y terminar un artículo es clave, ya que muchos lectores sólo leen estas dos partes. Poder introducir correctamente y concluir sabiamente son gajes del oficio. De acuerdo con Mills, hay que exigirse y exigir a los demás "la sencillez del enunciado claro".

Para concluir hay que volver al comienzo y releer a W. Mills (1961:234) que recomienda ser "buenos artesanos y huir de todo procedimiento rígido", evitar "el fetichismo del método y de la técnica". Que cada "individuo sea su propio metodólogo, que cada individuo sea su propio teórico, que la teoría y el método vuelvan a ser parte del ejercicio de un oficio". Se requiere de tiempo, esfuerzo y muchas horas de vuelo, pero es un proceso y hay que empezar a moldear el barro del que estamos hechos.

## Bibliografía

Arias, P. y J. Durand, (2008) *Mexicanos en Chicago. Diario de campo de Robert Redfield 1924-1925*. México, Editorial Miguel Ángel Porrúa

Barley, N., (1983) *El antropólogo inocente*. Barcelona, editorial Anagrama.

H. Russell, B., (1998) *Handbook of methods in cultural anthropology*. California, Altamira Press.

Berthelsen, D., (1995) *La vida cotidiana de Sigmund Freud y su familia*. Recuerdos de Paula Fichtl. Barcelona, Península.

Braudel, F., (1970) *La historia y las ciencias sociales*. Madrid, Alianza Editorial.

Braudel, P., (1993) "Braudel antes de Braudel" en *Primeras Jornadas Braudelianas*, Varios autores, México, Instituto Mora, pp. 84-103.

Bourdieu, P.; Chamboredon, J. y J. Passeron, (1979) *El oficio del sociólogo*. México, Siglo XX Editores.

Castro, V.; Aldunate, C. y J. Hidalgo (Editores), (2000) *Nispa Ninchis. Conversaciones con John Murra*. Lima, IEP.

Climent, E., (1977) *Climent*. México. Editorial Joaquín Mortiz.

Connelly, M., (2006) *El último coyote*. Barcelona, Editorial LATRAMA.

Conan, D., (1985) *Las aventuras de Sherlock Holmes*. México, Editorial Porrúa.

Durkheim, E., (1981) *Las reglas del método sociológico*. Buenos Aires, Argentina, Pleyade.

Durand, J., (1987) "La aventura intelectual de Pedro Armillas (entrevista)" en Jorge Durand y Luis Vázquez (Compiladores) *Caminos de la Antropología*. México, INI, CONACULTA, 1990, pp. 15-56.

Durand, J. y D. Massey, (1995) *Miracles on the border. Retablos of Mexican Migrants to the United States*. Tucson, Londres, Arizona University Press.

Durand, J. y D. Massey (Editors), (2004) *Crossing the Border. Research from the Mexican Migration Project*. New York, Russell Sage Foundation.

Eco, U., (1989) "Cuernos, cascos, zapatos: algunas hipótesis sobre tres tipos de abducción". en Eco, U. y T. Sebeok (Editores). *El signo de los tres: Dupin, Holmes, Pierce*. Barcelona, Editorial Lumen.

- Eco, U., (1984) *En nombre de la rosa*. México, Editorial Lumen.
- Gimzburg, C., (1989) *Mitos, emblemas, indicios*. Barcelona, Gedisa.
- Ginzburg, C., (1984) *Pesquisa sobre Piero*. Barcelona, Muchnik Editores.
- Godoy, R., (1978) "The Background and Context of Redfield's Tepoztlán" en *Journal of the Steward Anthropological Society*, vol.10, núm. 1., pp. 47-79.
- González, L., (1987) *El oficio de Historiar*. México. El Colegio de Michoacán.
- Guibert, R., (1974) *Siete voces*. México, Editorial Novaro.
- Levi-Strauss, C., (1961) "Le métier D'Ethnologue" en *Les Annales*. Francia, julliet, Nouvelle série N. 129., pp. 5-17.
- Levi-Strauss, C., (1970) *Tristes Trópicos*. Buenos Aires, Editorial Universitaria.
- Latour, B., (1995) *Pasteur, una ciencia, un estilo, un siglo*. México, Siglo XXI Editores.
- Malvido, A., (2004) "Fotógrafos del Uno más Uno. La mirada de Manuel Becerra Acosta, detonador para el nuevo fotoperiodismo" en *Cuarto Oscuro*, año XI, N. 66, junio-julio, México. P-13.
- Mankell, H., (1994) *El Hombre sonriente*. Barcelona, Tusquets editores.
- Mankell, H., (1997) *Pisando los talones*. México, Tuquets editores.
- Mankell, H., (1996) *La Quinta mujer*. México, Tusquets editores.
- Martín-Barbero, J., (1987) *De los medios a las mediaciones*. Barcelona, G. Gili.
- Mergier, A., (2008) "Levi-Strauss cien años" en *Proceso*. Núm. 1673. Pp. 58-60.
- Miller, A., (2007) *Einstein y Picasso. El espacio, el tiempo y los estragos de la belleza*. Barcelona, Tuquets editores.
- Mills, W., (1961) *La imaginación sociológica*. México, FCE.
- Murra, J., (1975) *Formaciones económicas y políticas del mundo andino*. Lima, IEP.
- Orozco, G. y R. González, (2012) *Una coartada metodológica*. México, Tintable, Serie Brújula.

Palmer, V., (1928) *Field Studies in Sociology. A student's manual*. Chicago, The University of Chicago Press.

Pérez, A.; Ochoa, M. y M. Soriano, (2002) *Antropología sin Fronteras*. Robert Redfield. Volumen I. Antología. México, UNAM, Instituto de Investigaciones Antropológicas-Fideicomiso para la Cultura México-USA-Fundación Rockefeller-Fundación Cultural Bancomer-Fondo Nacional para la Cultura y las Artes.

Sebeok, T., (1987) *Sherlock Holmes y Charles Peirce. El Método de investigación*. Barcelona, Paidós.

Serna, E., (2013) *Genealogía de la soberbia intelectual*. México, Taurus.

Terradas, I. y E. Kendall, (1992) *Reflexiones sobre una antibiografía*. Barcelona, Universidad Autónoma de Barcelona.

Todorov, T., (2008) *El miedo a los bárbaros*. París, Galaxia Gutenberg.

Van Het Reve, K., (2005) "El doctor Freud y Sherlock Holmes" en *El Malpensante*. Bogotá, N. 97, pp. 37 45.

Wallerstein, I., (1993) "Braudel sobre el capitalismo y todo al revés". Varios autores en: *Primeras Jornadas Braudelianas*. México, Instituto Mora, 1993.